

La Vid Verdadera // Explicación Bíblica – Juan José Estévez

Permanecer en la vid verdadera: el secreto de una vida con fruto

La vida de una persona puede compararse con un pámpano viejo y retorcido que no da fruto. Sin embargo, el propósito de Dios no es dejar al creyente en esterilidad, sino injertarlo en la vid verdadera, que es Cristo, para producir fruto visible y real. El tronco sostiene al pámpano, le suministra la savia y el alimento necesario para que haya vida. Su utilidad es precisamente esa: sustentar y transmitir vida.

Los creyentes son pámpanos dentro de la iglesia y la comunidad, pero el tronco que los sostiene es Cristo. Si el pámpano se seca, la consecuencia recae sobre él, no sobre la vid. Por eso es imprescindible permanecer en Él. Separados de Cristo nada podemos hacer; unidos a Él, la vida fluye y el fruto aparece.

La dependencia total del pámpano

Todo pámpano que no lleva fruto será quitado, y todo el que lleva fruto será limpiado para que lleve más. La relación entre el pámpano y la vid es de absoluta dependencia. El pámpano no puede producir fruto por sí mismo; necesita la savia constante que proviene del tronco.

Así también el creyente no puede producir fruto espiritual separado de Cristo. La vida verdadera no se basa en esfuerzos humanos, sino en permanecer en Él. El que permanece lleva

mucho fruto; el que no permanece, se seca y es echado fuera como un pámpano seco.

El efecto de Cristo en el corazón humano

Cuando una vida está injertada en la vid verdadera, algo profundo sucede. El primer efecto es que la vida deja de girar en torno a uno mismo y comienza a girar en torno a Cristo. El ego deja de ocupar el centro. Ya no somos el sol alrededor del cual todo debe girar.

La savia de la vid tiene el poder de anular el egoísmo, el orgullo y el protagonismo humano. Este proceso no es instantáneo. Muchas personas resisten al Espíritu Santo y a cualquier cambio interior, obstruyendo el flujo de vida. Pero cuando la savia fluye libremente, comienza la muerte del ego y el nacimiento de una nueva manera de vivir.

La lucha contra el orgullo espiritual

No solo el orgullo humano es un obstáculo; el orgullo espiritual es aún más peligroso. Es pensar que hemos logrado algo por nosotros mismos, que somos superiores, que nuestra vida espiritual es fruto de nuestro mérito.

Pero la declaración es contundente: “Sin mí nada podéis hacer”. Esta verdad destruye la imagen religiosa construida a base de esfuerzo humano. No hay mérito propio en el fruto espiritual. El pámpano depende totalmente de la vid. El ego no soporta perder el protagonismo, pero la obra de Dios consiste en quebrar esa autosuficiencia para que la gloria sea exclusivamente suya.

La prioridad diaria de permanecer en Él

No se trata solo de asistir al culto el domingo. Permanecer en la vida implica comunión diaria, dependencia constante, arraigo continuo. Una permanencia intermitente produce esterilidad. Cuando Dios no es prioridad, la savia deja de fluir con fuerza.

La disciplina externa tiene límites, pero el Señor trabaja desde adentro, en el corazón. Él da un corazón nuevo que bombea la savia necesaria para vencer cualquier obstáculo. No es algo que podamos generar por nosotros mismos; es una obra divina en el interior.

Oraciones alineadas con la voluntad de Dios

Existe una doble condición para que las oraciones tengan respuesta: permanecer en Él y que sus palabras permanezcan en nosotros. Cuando esto sucede, podemos pedir y recibiremos, porque nuestras peticiones estarán alineadas con su voluntad.

Muchas veces se piden cosas lícitas, pero contaminadas por el ego. La palabra de Dios limpia, corrige y purifica las motivaciones. No se trata de un monólogo religioso, sino de una relación viva donde la voluntad humana se ajusta a la voluntad divina. La palabra actúa como una brújula que orienta las oraciones en la dirección correcta.

Obstrucciones espirituales y la necesidad de reconexión

Así como una arteria tapada impide el paso de la sangre, también puede haber obstrucciones espirituales que bloqueen la

vida de Dios en nosotros. No se puede vivir solo de experiencias pasadas. Es necesario recibir diariamente la savia que alimenta el alma.

Cuando los efectos de la vida de Dios no son visibles, es señal de desconexión. La solución es volver a la fuente, permitir que la palabra sane, libere y quite todo obstáculo. Permanecer en la vid es mantener la conexión vital con el sustento verdadero.

El destino del pámpano seco y el pámpano fructífero

El pámpano que no lleva fruto se seca, es quitado y echado fuera. No solo deja de producir, sino que ocupa lugar y roba savia. En cambio, el pámpano que lleva fruto es podado. La poda no es castigo, sino señal de vida. Dios poda lo que está vivo para que produzca más.

El labrador observa la viña y actúa en el momento oportuno. Si hay fruto, lo purifica; si hay sequedad, lo retira. El propósito final es que la viña produzca para la gloria de Dios.

Dar fruto para la gloria de Dios

Dar fruto es un milagro y es para la gloria divina, no para exaltar al hombre. Dios no quiere ensalzar la capacidad humana, sino manifestar su poder a través de vasos rendidos. Cuando el creyente dice: “Ya no vivo yo”, reconoce que la vida verdadera procede de la vid.

La insatisfacción espiritual no proviene de falta de bendiciones, sino de falta de permanencia. No somos la vid; somos pámpanos que necesitan depender completamente de Cristo. Sin Él nada podemos hacer.

Una invitación a rendirse y permanecer

El llamado final es a rendirse, a dejar el orgullo, a permitir que Dios obre desde adentro. Permanecer en la vida verdadera no es esclavitud, es sustento. Es permitir que Él nos sostenga, nos alimente y produzca fruto en nosotros.

La oración nace de esta rendición: que la gracia y la unción de Dios nos hagan dóciles, apasionados y arraigados en la vida verdadera. Porque solo allí hay vida, solo allí hay fruto, y solo allí la gloria pertenece completamente a Dios.